

Esta clase de amor es una colección de hojas de lirio y plumas de paloma.

Todo lo ancho del jardín los separaba de la calle.

Cada vez que Mario entraba y salía, ajustaba cuidadosamente la barra de la verja, de modo que no se advertía el menor desperfecto.

Se iba generalmente á media noche, volviéndose á casa de Courfeyrac. Courfeyrac decía á Bahorel:

—¿Lo creerás? Mario se retira ahora de madrugada.

Bahorel respondía:

¿Qué quieres? No es nuevo ni aún raro el que se encierre un petardo en un seminarista.

Algunas veces Courfeyrac se cruzaba de brazos, y poniéndose serio, le decía á Mario:

—¡Andais descaminado, joven!

Courfeyrac, hombre práctico, no veía con buenos ojos ese reflejo de un paraíso invisible en Mario; estaba poco acostumbrado á las pasiones inéditas; se impacientaba, y hacía frecuentes reflexiones á Mario para que volviese á lo real.

Una mañana le dirigió esta pregunta:

—Querido, se me antoja que te has instalado en la luna, reino del delirio, provincia de las ilusiones, capital de la pompa de jabón. Vamos, sé bueno y franco: ¿Quién es ella?

Pero no había medio de "hacer hablar" á Mario. Antes le hubieran arrancado las uñas que una de las tres sílabas sagradas que componían este nombre inefable: "Cosette."

El amor verdadero es luminoso como la aurora, y silencioso como la tumba.

Courfeyrac había notado únicamente en Mario que tenía una taciturnidad radiante.

En aquel alegre mes de Mayo, Mario y Cosette conocieron estas inmensas felicidades:

Querrellarse tratándose de vos, sólo para tutearse luego más á gusto.

Hablar largamente y con los más minuciosos detalles de personas que no les importaban nada absolutamente; nueva prueba de que en esa ópera seductora que se llama el amor, el libreto es casi nada;

Para Mario, oír á Cosette hablar de telas;

Para Cosette, oír á Mario hablar de política;

Escuchar, juntas las rodillas, el ruido de los coches que pasaban por la calle de Babilonia;

Contemplar el mismo planeta en el cielo, ó el mismo gusano de luz en la hierba;

Callarse ambos á un tiempo; placer mayor aún que conversar;

Etc., etc.

Entretanto, se aproximaban algunas complicaciones.

Una noche que Mario iba por el boulevard de los Inválidos, con la cabeza baja según su costumbre, al volver la esquina de la calle de Plumet, oyó que le decían al lado:

—Buenas noches, señor Mario.

Alzó la cabeza y reconoció á Eponina.

Esto le causó un efecto singular.

Ni una sola vez había vuelto á acordarse de aquella muchacha desde el día en

que le había llevado á la calle Plumet; no la había vuelto á ver, y se había borrado por completo de su memoria.

Tenía motivos para estarle agradecido, y le debía su felicidad presente; sin embargo, le disgustó encontrarla.

Es un error creer que la pasión, cuando es pura y feliz, conduce al hombre á un estado de perfección; le conduce simplemente, como hemos dicho, á un estado de olvido.

En tal situación el hombre se olvida de ser malo; pero olvida también el ser bueno.

El agradecimiento, el deber, los recuerdos esenciales é importunos se desvanecen.

En cualquier otro tiempo, Mario habría sido de otro modo distinto para Eponina.

Absorbido por Cosette, ni aún se había explicado claramente que aquella Eponina se llamaba Eponina Thénardier, que llevaba un nombre escrito en el testamento de su padre, el mismo nombre porque se hubiera sacrificado generosamente algunos meses antes.

Presentamos á Mario tal como era; hasta el nombre de su padre desaparecía un poco bajo los esplendores de su amor.

Respondió, pues, con cierto embarazo:

—¡Ah! ¿Sois vos, Eponina?

—¿Por qué me tratis de vos? ¿Os he hecho algo?

—No,—respondió él.

Es verdad que nada sentía contra ella; todo lo contrario. Pero conocía que no podía hacer otra cosa; llamando de tú á Cosette, debía tratar de vos á Eponina.

Como Mario se callase, díjole ella.

—Decid, pues....

Y se detuvo. Parecía que le faltaban palabras á aquella criatura, en otro tiempo tan poco aprensiva y tan atrevida.

Trató de sonreír y no pudo. Volvió á decir:

—¿Y bien?

Luego se calló nuevamente y bajó los ojos.

—Buenas noches, señor Mario,—dijo luego, de repente; y se fué.

## IV

***Gab: rueda en inglés y ladra en germania.***

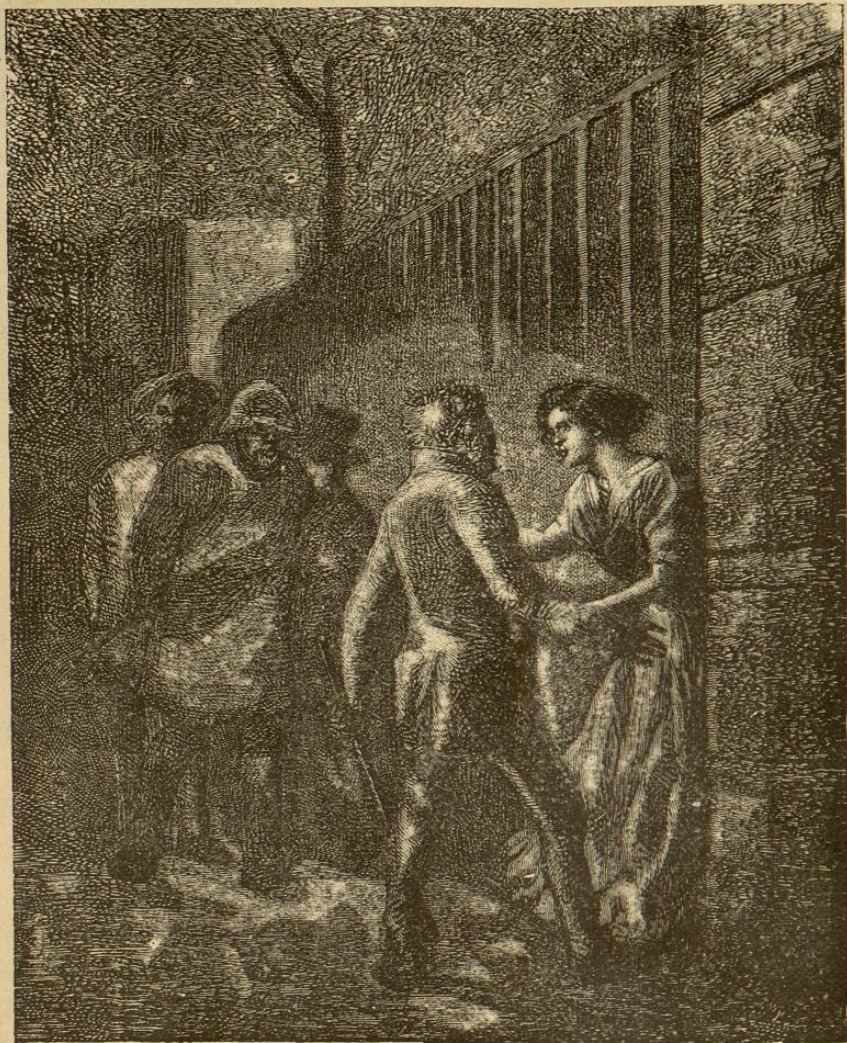
El día siguiente, que era 3 de Junio de 1832, fecha que debemos consignar á causa de los sucesos graves que estaban suspendidos en el horizonte de París en estado de nubes cargadas, Mario, al caer la noche, seguía el mismo camino que la víspera, con los mismos alegres pensamientos en el corazón, cuando vió entre los árboles del boulevard á Eponina, que se dirigía hácia él.

Dos días seguidos de encontrarse era demasiado.

Se volvió rápidamente, salió del boulevard, cambió de camino y se fué á la calle Plumet por la calle de Monsieur.

Eponina le siguió hasta la calle Plumet, lo que no había hecho nunca hasta entonces, pues se había contentado con verle pasar por el boulevard sin tratar de pararle.

Sólo la víspera le había hablado.



Eponina le siguió, pues, sin que él lo supiese; le vió separar el hierro de la verja y penetrar en el jardín.

—¡Calle!—dijo.—¡Entra en la casa!

Se acercó á la verja, tentó los hierros uno después de otro, y dió fácilmente con el que Mario había separado.

Entonces murmuró á media voz, con lúgubre acento:

—¡Nada de eso, Lisette!

Sentóse en el estribo de la verja, y al lado del hierro, como si le estuviese guardando.

Aquel punto era precisamente el extremo de la verja que tocaba á la casa próxi-

ma, formándose allí un ángulo obscuro, en el que Eponina se pudo ocultar completamente.

Así permaneció más de una hora sin moverse y sin respirar, entregada á sus imaginaciones.

Hacia las diez de la noche, una de las dos ó tres personas que pasaban por la calle Plumet, un viejo que se había retardado y pasaba muy de prisa por aquel sitio desierto y de malísima fama, costeando el averjado, al llegar al ángulo de la verja con el jardín, oyó una voz sorda y amenazadora que decía:

—¡Ya no me admiro de que venga todas las noches!

El transeunte miró en derredor, no vió á nadie, no se atrevió á mirar á aquel rincón, tuvo miedo y redobló el paso.

Aquel transeunte hizo bien en marcharse corriendo, porque pocos momentos después seis hombres, que iban separados y á corta distancia uno de otro á lo largo de la pared, y que habrían podido confundirse con una patrulla de policía, entraron en la calle Plumet.

El primero que llegó á la verja del jardín se detuvo y esperó á los demás; un segundo después estaban reunidos todos.

Aquellos hombres se pusieron á hablar en voz baja y en germanias.

—Aquí es,—dijo uno de ellos.

—¿Hay algún "cab" (perro) en el jardín?—preguntó otro.

—No lo sé. Pero por si acaso, he traído una morcilla que le haremos tragar.

—¿Has traído la pasta para romper los vidrios sin hacer ruido?

—Sí.

—La verja es muy vieja,—dijo el quinto, que tenía voz de ventrílocuo.

—Tanto mejor,—dijo el segundo que había hablado.—Así no sonará al forzarla, ni nos costará mucho trabajo entrar.

El sexto, que no había abierto aún la boca, se puso á examinar la verja, como había hecho Eponina una hora antes, empuñando sucesivamente cada una de las barras y moviéndolas con precaución. Así llegó al hierro que Mario solía separar.

Cuando iba á cogerle, una mano que salió bruscamente de la sombra le agarró el brazo; al mismo tiempo se sintió rechazado por medio del pecho, y oyó una voz que le decía sin gritar:

—Hay un "cab" (perro).

Y vió á una joven pálida delante de sí.

El hombre sintió esa conmoción que produce siempre lo inesperado.

Quedóse terriblemente atónito; nada hay tan formidable como las fieras inquietas; su aspecto atemorizado es temible. Retrocedió y murmuró:

—¿Quién es esa tunantuela?

—Vuestra hija.

En efecto, era Eponina que hablaba á Thénardier.

A la aparición de Eponina los otros cinco, es decir, Claquesous, Gueulemer, Babet, Montparnasse y Brujón, se habían acercado sin ruido, sin precipitación, sin decir una palabra, con la siniestra prontitud propia de estos hombres nocturnos.

Veíanse algunos útiles repugnantes en la mano. Gueulemer tenía una de esas pinzas cortas á las que los vagos llaman tenaza.

¡Ah! ¿Qué haces ahí? ¿Qué nos quieres? ¿Estás loca?—exclamó Thénardier,

gritando todo lo que se puede gritar en voz baja.—¿Quieres acaso impedirnos de trabajar?

Eponina se echó á reír, y saltó á su cuello.

—Estoy aquí, padre mío, porque estoy aquí. ¿No me es permitido sentarme ahora sobre las piedras? Vos sois el que no debe estar aquí. ¿A qué venis, si esto es un bizcocho? Ya se lo dije á la Magnón. No hay nada que hacer aquí. Pero, abrazadme, padre mío. ¡Cuánto tiempo hace que no os he visto! ¿Estáis ya fuera? ¡Libre!

Thénardier trató de librarse de los brazos de Eponina, y murmuró:

—Está bien. Ya me has abrazado. Sí, estoy fuera. No estoy dentro. Ahora vete.

Pero Eponina no dejaba de acariciarle.

—Papaíto, ¿cómo lo habeis hecho? Mucha habilidad habeis de tener por haber salido de allí. ¡Contadmelo! ¿Y mi madre? ¿Dónde está mi madre? Dadme noticias de mamá.

Thénardier respondió:

—Está buena; no sé; déjame; dígame que te vayas.

—No quiero irme ahora,—dijo Eponina con un melindre de niño enfadado.—¿Me rechazais después de cuatro meses que no os he visto, y cuando apenas he tenido tiempo de abrazaros?

Y volvió á echar los brazos al cuello de su padre, á pesar de la resistencia de éste.

—¡Ah! ¡Vaya! ¡Qué tonta eres!—dijo Babet.

—Despachemos,—dijo Gueulemer,—que pueden pasar los corchetes.

La voz del ventrílocuo midió estos versos:

No es día ni es hora ya  
De gritar papá ó mamá.

Eponina se volvió hácia los cinco bandidos.

—¡Calle! Brujón. Buenas noches, Babet. Buenas noches, Claquesous. ¿No me conocéis ya, Gueulemer? ¿Qué tal va, Montparnasse?

—Sí, se acuerdan de tí,—dijo Thénardier.—Pero buenas noches, y largo. Déjanos tranquilos.

—Esta es la hora de los lobos y no de las gallinas,—dijo Montparnasse.

—Ya ves que tenemos que hacer aquí,—añadió Babet.

Eponina cogió la mano de Montparnasse.

—¡Ten cuidado!—díjole este.—Te vas á cortar, tengo la navaja abierta.

—Mi querido Montparnasse,—respondió Eponina dulcemente,—es preciso tener confianza en las personas. Yo soy quizá la hija de mi padre. Babet, Gueulemer, á mí es á quien se encargó el dar luz á este negocio.

Es de notar que Eponina no hablaba en germania. Desde que conoció á Mario se le había hecho imposible este horrible lenguaje.

Apretó con su pequeña mano, huesosa y débil como la de un esqueleto, los gruesos dedos de Gueulemer, y continuó:

—Ya sabéis que no soy tonta. Por lo general se cree lo que digo. Os he prestado servicios algunas veces. Pues bien; me he informado, y os expondríais inútilmente. De seguro. Os juro que no hay nada que hacer en esta casa.

No hay más que mujeres solas,—dijo Gueulemer.

—No. Los inquilinos se han mudado.

—Pero las luces parece que no,—prorrumpió Babet.

Y enseñó á Eponina á través de la copa de los árboles una luz que se paseaba por la buhardilla del pabellón.

Era la tía Santos que había velado para poner la ropa blanca á secar.

Eponina intentó un último recurso:

—Pues bien,—dijo,—esta gente es pobrísima, y viven en una casucha donde no hay un ochavo.

—¡Vete al diablo!—exclamó Thénardier.—Cuando hayamos registrado la casa, y puesto la cueva arriba y el granero abajo, ya te diremos lo que hay dentro, y si son francos, sueldos ó céntimos.

Y la empujó para pasar adelante.

—Mi buen amigo Montparnasse,—dijo Eponina,—á vos os lo ruego; vos que sois un buen muchacho; no entreis.

—Ten cuidado; mira que te vas á cortar,—respondió Montparnasse.

Thénardier añadió con su acento decisivo:

—Lárgate, muchacha, y deja á los hombres que hagan su negocio.

Eponina soltó la mano, que había vuelto á coger á Montparnasse, y dijo:

—¿Os empeñais, pues, en entrar en esta casa?

—Algo hay de eso,—contestó el ventrílocuo con acento burlón.

Entonces ella se recostó en la verja, hizo frente á los seis bandidos armados hasta los dientes, y que parecían en la noche unos demonios, y dijo con voz firme y baja.

—Pues bien, yo no quiero.

Ellos se detuvieron estupefactos.

El ventrílocuo, sin embargo, acabó su risa burlona.

Ella continuó:

—Amigos, id bien. La cosa cambia de aspecto. Ahora hablo yo. Si entráis en el jardín, si tocáis á esta verja, yo grito, golpeo en las puertas, despierto á la vecindad, y hago que os prendan á los seis, llamando á los agentes de policía.

—Y lo hará como lo dice,—dijo Thénardier en voz baja á Brujón y al ventrílocuo.

Ella meneó la cabeza y añadió:

—¡Empezando por mi padre!

Thénardier se aproximó á ella.

—No tan cerca, buen hombre,—le dijo Eponina.

El retrocedió, murmurando entre dientes:

—Pero, ¿qué es lo que tiene esta chica?

Y añadió:

¡Perra!

Echándose á reír de una manera terrible.

—Seré lo que queráis, pero no entrareis. No soy hija de perro, puesto que soy hija de lobo. Sois seis; ¿y eso qué importa? Sois hombres; pues bien, yo soy mujer. No me dáis miedo; marchaos, os digo que no entreis en esta casa; porque no quiero. Si os acercáis, ladro. Ya os lo he dicho; el "cab" (perro) soy yo, y no me importais todos juntos un bledo. Seguid vuestro camino adelante, que ya me fastidiáis. Idos donde queráis, pero no vengáis aquí, os lo prohibo. Vosotros á puñaladas y yo á zapatazos, me es igual. ¡Adelante pues!

Y dió un paso hacia los bandidos; estaba espantosa, y soltó una carcajada.

—¡Carámba! Que no tengo miedo. En verano tendré hambre, en invierno tendré frío. ¡Serán fanfarrones estos brutos de hombres creyéndose que inspiran miedo á una mujer! ¿De qué? ¡Miedo! ¡Ah! Sí. ¡Vaya! ¡Por qué tenéis queridas torpes que se esconden debajo de la cama cuando ahuceais la voz! ¡Por eso! ¡Yo no tengo miedo de nada!

Y mirando fijamente á Thénardier, añadió:

—¡Ni aún de vos, padre!

Luego prosiguió, paseando sobre los bandidos sus sangrientas pupilas de espectro:

—¡Qué me importa á mí que me recojan mañana del arroyo de la calle Plumet, asesinada á puñaladas por mi padre, ó que me encuentren dentro de un año en las redes de Saint Cloud, ó en la isla de los Cisnes, en medio de taponos de corcho podridos y de perros ahogados!

Le fué preciso detenerse aquí; la había acometido una tos seca; su aliento salía como un estertor de su pecho angosto y débil.

Luego repuso:

—No tengo que hacer más que gritar, y vienen, y pataplum. Sois seis; yo soy todo el mundo.

Thénardier hizo un movimiento cauteloso para acercarse á Eponina.

—¡No os acerquéis!—gritó ella.

Thénardier se detuvo y la dijo con dulzura:

—Pues bien; no, no me acercaré; pero no hables tan alto. Hija, ¿quieres que no trabajemos? Tenemos que ganarnos la vida. ¿No tienes ya cariño á tu padre?

—Me aburrís,—dijo Eponina.

—Pero es preciso que vivamos, que comamos...

—¡Reventad!

Y esto diciendo, se sentó en el estribo de la verja, cantando:

Mi brazo gordito,  
Mi pierna bien hecha  
Y el tiempo perdido.

Tenía el codo puesto sobre la rodilla y la barba sobre la mano, meneando el pie con aire de indiferencia.

Su vestido roto dejaba ver sus descarnadas clavículas.

Un farol cercano iluminaba su actitud y su perfil; no podía verse nada más resuelto y sorprendente.

Atónitos los seis ladrones, y sombríos de que los tuviera así en jaque una mujer, se retiraron á la sombra que proyectaba el farol, y allí celebraron una especie de consejo con movimientos de hombros, humillados y furiosos.

Ella entre tanto los miraba con aire pacífico y esquivo.

—Algo le pasa,—dijo Babet.—¿Qué razón? ¿Estará tal vez enamorada del perro? ¡Lástima es que perdamos esto! Dos mujeres, un viejo que vive en el fondo del patio, buenos cortinajes en las ventanas. El viejo debe ser un quirol (judío). ¡El negocio no me parece despreciable!

—Pues bien; entrad vosotros,—dijo Montparnasse.—Yo me quedaré con la muchacha; y si chista...

E hizo relucir á la luz del farol la navaja que llevaba abierta en la manga.

Thénardier no decía palabra, y parecía dispuesto á todo.

Brujón que tenía algo de oráculo, y que, como ya hemos dicho, era el "inventor del golpe"; no había hablado aún, y parecía pensativo. Estaba por no retroceder ante ningún obstáculo, sabiéndose como se sabía que había robado, sólo por bravear, uno de los cuartelillos de la policía. Además, hacía versos y canciones, lo que le daba mucha autoridad entre sus compañeros.

Babet le preguntó:

—¿Y tú no dices nada, Brujón?

Brujón permaneció un instante silencioso; después movió la cabeza en diversos sentidos, decidiéndose por fin á levantar la voz:

—Vamos á ver: esta mañana tropecé con dos gorriones picoteándose; esta noche tropiezo con una mujer que riñe. Todo esto es de mal augurio. Vámonos.

Y se fueron.

Al marcharse, Montparnasse murmuró:

—Es igual; pero si hubieran querido, yo le habría dado el golpe de gracia.

Babet respondió:

—Yo no. Siempre guardo respeto á las espaldas de las damas.

Al estar en el extremo de la calle se pararon, y en voz sorda cambiaron entre sí este diálogo enigmático:

—¿A dónde iremos á dormir esta noche?

—Debajo de Pantín (París).

—¿Llevas la llave de la reja, Thénardier?

—¡Diantre!

Eponina, que no apartaba de ellos la vista, les vió tomar el camino por donde habían venido.

Después se levantó, y arrastrándose detrás de ellos arrimada á las paredes y á las casas, fué siguiéndoles hasta el boulevard.

Allí se separaron; y vió á aquellos seis hombres perderse en la obscuridad, como fundiéndose entre las sombras.